

memoria poco mas ó menos. Los mas vivos deseos se debilitan con las fuerzas, y se acaban cuando se acaba la vida. ¿Con qué ojos se miran en la hora de la muerte esos fantasmones de grandeza, de felicidad y de fortuna? Entonces solo Dios enciende todos los deseos del alma. La misma virtud tiene en vida la memoria de la muerte; todos los deseos se estrellan contra la sepultura; ninguno subsiste hasta mas allá de la vida, y ni aun duran tanto como ella; basta la menor enfermedad para embotar toda su punta. Pero valga la verdad; aunque nuestros deseos no nos ocasionáran tantos disgustos, aunque no encontráran tantos tropiezos, ¿merecerian el trabajo que cuesta el satisfacerlos? ¡Ah, y qué bueno es vivir y morir con solo el deseo de amar y de poseer á Dios!

DIA XXVI.

MARTIROLOGIO.

EL TRÁNSITO DE SANTA ANA, madre de la Virgen María, Madre de Dios. (*Véase su vida hoy.*)

EL NACIMIENTO DE SAN ERASTO, en Filipos en Macedonia, al cual dejó por obispo de aquella ciudad el apóstol S. Pablo, y en ella consumó el martirio. (S. Pablo habla de él en los Actos de los Apóstoles 19-22, en su carta á los Romanos 16-23, y en la segunda á Timoteo 4-20.)

LOS SANTOS MÁRTIRES SIMFRONIO, OLIMPIO, TEODULO Y EXUPERIA, en Roma en la via Latina; los cuales (segun se lee en la vida del papa S. Estéban), siendo quemados alcanzaron la palma del martirio.

SAN JACINTO, mártir, en Porto; el cual primero fué arrojado á una hoguera, y despues al rio; pero de todo salió ileso: finalmente en tiempo del emperador Trajano por mandado del cónsul Leoncio, acabó su vida degollado: dióle sepultura una matrona llamada Julia en una heredad suya que tenia junto á Roma.

SAN PASTOR, presbítero, tambien en Roma, de cuyo nombre hay un título en la iglesia de Sta. Pudenciana.

SAN VALENTE, obispo y confesor, en Verona.

SAN SIMEÓN, monje y ermitaño, en el monasterio de S. Benito, en el campo de Mantua, que esclarecido con muchos milagros murió en santa vejez.

SANTA ANA, MADRE DE LA SANTÍSIMA VIRGEN.

No se puede formar concepto mas noble, mas elevado ni mas cabal del extraordinario mérito, de las heroicas virtudes y de la sublime santidad de Sta. Ana, que diciendo fué madre de la Madre de Dios. Esta augusta cualidad comprende todos los hono-



STA. ANA
MADRE DE LA SANTÍSIMA VIRGEN.

res, escede todos los elogios; y así como el mismo Espíritu Santo no pudo decir cosa mayor de María, que decir que de ella nació Jesús, *de qua natus est Jesus*, así también no es posible elogio mas glorioso de Sta. Ana, que afirmar que de ella nació María.

Sta. Ana, pues, á quien los santos padres apellidan el consuelo de los hijos de Dios, que suspiraban por la venida del Mesías, nació en Belen, de la tribu de Judá, á dos leguas de Jerusalen, llamada comunmente en el Evangelio *Ciudad de David*, por haber nacido en ella este monarca. Tuvo por padre á Matán, sacerdote de Belen, de la tribu de Levi y de la familia de Aaron, que entre los judíos era la familia sacerdotal. Su madre se llamó María de la tribu de Judá, ambos muy recomendables por su nacimiento, por su notoria bondad y por su ejemplar virtud. Tuviron tres hijas. La primera, que se llamó María como su madre, casó con Cleofás, y fué madre de Santiago el menor, de S. Judas, de S. Simeon, sucesor de Santiago, obispo de Jerusalen, y de S. José, por sobrenombre Barsabas ó el Justo. Estos son aquellos discípulos del Salvador, á quienes el Evangelio llama *hermanos* suyos, segun el estilo comun de los judíos; pero no eran mas que primos, como hijos de una tia de la santísima Virgen. La segunda hermana de Sta. Ana fué Sobé, madre de Sta. Isabel, la cual por consiguiente era prima hermana de la misma Señora. En fin, la tercera hija de María y de Matán fué Sta. Ana, destinada por el Señor para dar al mundo aquella de quien habia de nacer el Salvador.

Luego que Ana nació se reconocieron en ella aquellas especiales y distinguidas gracias que anuncian y forman los grandes santos, siendo todas las delicias de sus padres, cuyo especial amor á esta hija sobre todas las demás pareció tan justo, que nunca causó zelos ni emulacion en las otras dos hermanas. Descubrióse en ella un fondo de juicio, de prudencia, de modestia y de virtud, con cierto carácter de capacidad y de madurez, que igualmente la hizo amable que admirable. Hechizado el mundo de sus prendas, se dió prisa á ganarla para sí; pero ella miró siempre con desvío todas las cosas del mundo. Su mayor gusto era el retiro, y nunca le halló aun en aquellas inocentes diversiones que son mas naturales y mas comunes en las niñas de su edad y de su condicion. Entregada á la oracion, comenzó á gustar de Dios desde sus primeros años, no pensando en otra cosa que en servirle y en agradarle. Por el grande amor que profesaba á la virginidad, virtud tan poco conocida en el mundo antes del nacimiento del Redentor, hubiera pasado su vida en el celibato, á no tenerla escogida la divina Providencia para ser la mas dichosa

de todas las madres. Pretendieronla por mujer los mas nobles de toda la nacion, y sus padres escogieron entre todos á Joaquin, que vivia en la ciudad de Nazareth, y era de la real casa de David, con cuyo enlace se unió la familia sacerdotal con la real: circunstancia indispensable para que la Madre del Mesías pudiese nacer de este matrimonio.

Aquellas mismas virtudes que tanto habian resplandecido en Sta. Ana siendo soltera, brillaron con nuevo esplendor en ella cuando se vió esposa del hombre mas santo que se conocia en el mundo á la sazón. No hubo matrimonio mas feliz: en ambos esposos reinaban las mismas inclinaciones, el mismo amor á la virtud, la misma inocencia y la misma pureza de costumbres; porque la misma mano que habia formado aquellos dos corazones, los unió con el dulce vínculo del mas casto y del mas perfecto amor; y aquel mismo espíritu, dice S. Juan Damasceno, que con el tiempo debia animar á los cristianos, anticipaba en la persona de los dos santos esposos el mas ajustado modelo de la vida perfecta é interior. Joaquin en el monte, dice S. Epifanio, ofrecia incesantes oraciones y sacrificios al cielo para acelerar la redencion de Israel; y Ana en el retiro de su casa se sacrificaba continuamente al Señor en el fervor de su oracion. Cuando se dejaba ver en público edificaba á todos; su compostura, su modestia, sus palabras inspiraban admiracion de su virtud y respeto á su persona. Por su gran caridad consideraba á los pobres como á hijos suyos; y cuando se acordaba de que era estéril, se consolaba con que tenia tantos hijos como pobres. No correspondian los bienes temporales á la nobleza de su calidad ni de su sangre, pero suplía la caridad á la medianía de su fortuna. Bastábale á cualquiera ser pobre ó estar afligido, para acudir á ella como á madre, y para considerarse con derecho á lo que tenia.

Parece que el Espíritu Santo hizo el retrato de Sta. Ana en el que formó de la mujer fuerte y perfecta que no tiene precio. Lo que no admite duda es, que esta gran Santa nos dejó el modelo mas perfecto que tenemos de la vida interior y escondida, con un compendio de las mas raras virtudes.

Habia mas de cuarenta años que estaba casada Sta. Ana sin haber tenido sucesion, esterilidad que entre los judíos se reputaba por cierta especie de oprobio, con alguna nota de infamia; porque asegurados de que el Mesías habia de nacer de una mujer de la nacion, consideraban en las infecundas uno como linaje de reprobacion ó de maldiccion de la familia. Vivía Sta. Ana en esta triste humillacion, sin esperanza de salir de ella á causa de su avanzada edad. Llevaba, á la verdad, con paciencia las amargu-

ras de su estado por su rendimiento á la voluntad de Dios; mas no por eso dejaba de mirar con una santa envidia á aquellas dichosas mujeres que algun dia habian de tener afinidad con el deseado Mesías.

Estando en esta disposicion, y haciendo un dia oracion en el templo con estraordinario fervor, se la ofreció con tanta viveza el pensamiento de su ignominia, que no pudo contener las lágrimas; y acordándose de que Ana, mujer de Elcana y madre de Samuel, hallándose en las mismas circunstancias habia clamado al Señor con tanta confianza, que al fin fué bien despachada su peticion; animada Ana con el mismo espíritu, pidió fervorosamente á Dios se dignase mirar con ojos favorables á su humilde sierva, y se compadeciese de su estrema afliccion; ofreciéndole, que si la hacia la merced de concederla algun fruto, se le consagraria inmediatamente, destinándole al templo para su santo servicio.

Oyó benignamente el Señor una peticion que él mismo habia inspirado. Asegúrase que en el mismo punto tuvo Ana revelacion del feliz despacho, y que tambien le fué revelado á Joaquin por el ministerio de un ángel. Lo cierto es, que pocos dias despues se vió libre de la ignominia de su esterilidad, sintiéndose en cinta de la santísima Virgen. Llenóse el cielo de admiracion y de alegría viendó en la tierra aquella dichosisima criatura concebida sin pecado, y mas agradable á los ojos de Dios en el primer instante de su concepcion, que todos los santos juntos en el último momento de su vida. Y si en el mismo punto que S. Juan fué santificado en el vientre de su madre, resaltó tanto en santa Isabel la santidad del hijo, fácilmente se dejan discurrir los tesoros de bendiciones y la abundancia de gracias que la santísima Virgen mereció para su santa madre en el instante de su concepcion. Siendo depositaria de este precioso tesoro por espacio de nueve meses, ¿de cuántos favores celestiales seria enriquecida Sta. Ana! ¿qué luces sobrenaturales no la iluminarian! ¿qué fervorosos afectos no inflamarian su corazón mientras llevaba en su vientre á la que habia de llevar en el suyo al Salvador del mundo! Desde entonces fué la vida de Sta. Ana una contemplacion continua, y su conversacion únicamente en el cielo; desde entonces inundaron su alma aquellos torrentes de consuelos espirituales, que son como la prueba de los gozos de la gloria.

Fué el colmo de este gozo el nacimiento de la bienaventurada Hija; comunicóse á la familia la alegría del cielo, y fué como presagio de lo que aquella Niña habia de ser. Si el árbol se conoce por sus frutos, esclama S. Juan Damasceno, ¿qué concepto no

debemos formar de vuestra inocencia y de vuestra sublime virtud, ó gloriosos esposos Joaquin y Ana! (*Orat. 1. de Beat. Virg. Nat.*) *O beatum par Joachim et Anna! ex vestri ventris fructu immaculati agnoscimini.* Era preciso que la santidad de vuestra vida correspondiese á la santidad de la Hija que disteis á luz, y que habia de ser madre del Santo de los santos. *Ut Deo gratum erat, ac dignum ea quæ à vobis orta est; vitæ vestræ rationes instituistis;* porque siendo vuestra vida pura, inocente y ejemplar, tuvisteis la dicha de engendrar al tesoro de la virginidad: *Castè etenim ac sanctè munere vestro functi, virginitalis thesaurum produxistis.*

Luego que Sta. Ana convalació de su parto, se aplicó únicamente á conservar y á cuidar del precioso tesoro, cuyo depósito la habia el Señor confiado. ¡O madre la mas dichosa de todas las madres, vuelve á esclamar el mismo Santo, qué mayor gloria para tí, que dar el pecho á la que con la leche del suyo habia de alimentar al que sustenta todo el universo! *O beata ubera, quæ ejus, qui mundum nutrit, nutricem lactarunt.* Fáciles son de comprender los desvelos, la solicitud y la ternura con que criaria Sta. Ana á su querida Hija; bien presto conoció que la gracia nada habia dejado que hacer á la educacion. Aquel entendimiento iluminado con las más puras y mas penetrantes luces; aquel corazon dulce, humilde, dócil, formado para la mas elevada santidad; aquella alma que por singularísimo privilegio no habia contraído ni aun el pecado original, común á todos los hombres, con todo el conjunto de prendas y de gracias que se unian en aquella purísima criatura, ¿cómo podian menos de ser las delicias de su dichosa madre? Mas al fin, era menester separarse de ella en cierto modo, para cumplir el voto que habia hecho; y así, luego que cumplió la Virgen los tres años, aunque eran tan estrechos los vínculos que unian aquellos dos corazones, fué forzoso hacer el sacrificio. Habia ofrecido á Dios Sta. Ana consagrarle en el templo el fruto que la diese, y llegado el tiempo de cumplir su promesa, la cumplió. Condujo ella misma á su querida Hija al templo de Jerusalem, como lo habia ofrecido antes que naciese, y entregándosela al sacerdote, consagró á Dios aquella criatura que tan singularmente habia nacido para solo él. Hasta entonces no habia visto el templo ofrenda tan preciosa ni víctima tan pura. Fué desde luego recibida la santísima Niña para el ministerio del templo, y colocada entre las vírgenes y las viudas que vivian dentro ó inmediatas á él en un cuarto separado, para servir en sus correspondientes oficios bajo las órdenes de los sacerdotes.

No pudiendo Sta. Ana y S. Joaquin alejarse de una Hija tan

querida, que era todo su consuelo, se vinieron tambien á vivir á Jerusalem en una casa cercana al mismo templo. S. Joaquin sobrevivió poco al sacrificio que habian hecho de su Hija, y se dice que pocos dias despues murió dulcemente entre los brazos de Sta. Ana, lleno de dias y de merecimientos, á los ochenta años de su edad. Los que restaron de vida á nuestra Santa los pasó en el mayor retiro y con mucho aumento de fervor, siendo su vida una continua oración. Abrasado su corazon con las puras llamas del amor divino, solo suspiraba por el único objeto de sus ansias que era su Dios, su soberano bien y su último fin. Llegóse el de su santa vida, y habiendo tenido el consuelo de ver crecer á su amada Hija en sabiduría, en virtud y en todo género de perfecciones, al paso que iba creciendo en edad, entregó suavemente el alma á su Criador á los setenta y nueve años de su edad, y fué enterrada junto á su esposo S. Joaquin. Llama la Iglesia *dulce sueño* á la muerte de Sta. Ana, para dar á entender la tranquilidad con que espiró.

Muchos años despues trasladaron los fieles sus reliquias á la iglesia del sepulcro de la Virgen en el valle de Josafat, donde hoy se registra el de Sta. Ana en una capilla.

La ciudad de Apt en Provenza, tan célebre por su antigüedad, y hecha colonia romana por Julio César, se gloria de poseer muchos años ha el cuerpo de Sta. Ana, que S. Auspicio, su primer obispo, trajo de Oriente, y en el año de 772 trasladó á la catedral el obispo Magnerico. El gran concurso de peregrinos á venerar su sepulcro, que trae de todas partes la devocion á esta gran Santa, y las singulares gracias que se reciben en él por su poderosa intercesion, acreditan visiblemente lo mucho que puede con Dios, y cuan grata la es la piedad de los que acuden á honrar reverentemente sus reliquias

La misa es en honor de la Santa, y la oracion la siguiente:

O Dios, que te dignaste habramos su fiesta merezcamos
 cer á Sta. Ana la gracia de que lograr para con vos su poderoso
 fuese madre de la Madre de tu so patrocinio. Por nuestro Se-
 Unigénito Hijo; concédenos por ñor, etc.
 tu bondad, que los que cele-

La Epistola es del cap. 31 de los Proverbios, y la misma que el dia VIII, pág. 175.

REFLEXIONES.

¿Es posible que eternamente hemos de formar una idea falsa de la virtud? ¿eternamente la hemos de pintar con unos colores sombríos, con un aire triste, enfadoso y retraente? ¿siempre la hemos de concebir ó en la cumbre de una montaña inaccesible, ó en la soledad de un horroroso desierto? ¿será posible que por lo menos ha de hacer siempre su habitacion en los claustros, como si estuviese desterrada de la vida civil, y condenada á pasar la suya en el retiro, en el silencio y en el luto? ¿En qué consistirá que interesando todos tanto en que la virtud sea afable, accesible, sociable y humana; en que sea de todos los paises, de todas las edades, de todos los estados y de todas las condiciones, nos complazcamos en persuadirnos que es fruto de pocos climas? ¿que su verdadera sazón es la vejez; que en pocas condiciones puede subsistir, y que sus aires naturales son los del claustro ó del desierto? Este error es obra del amor propio, es artificio de que se vale para infundirnos disgusto de la virtud, representándonos como imposible la santidad. Pero el Espíritu Santo descubre en esta Epístola la falsedad de esta opinion. Aquella mujer fuerte, cuyo mérito escede á la mas elevada perfeccion que se reconoció en la ley antigua, cuya vida es un epilogo de las virtudes que nos enseña el Evangelio, pasó su vida en medio de su familia, ocupada en las mas ordinarias tareas de su estado; dedicada al gobierno de su casa y á mantener la paz en ella; á dar gusto al esposo que el cielo la deparó; á pagar exactamente la soldada á sus criados y el jornal á los obreros; á emplear en la labor el tiempo que tenia desocupado y otros ratos en oracion. No por cierto, no fué olvido en el Espíritu Santo el no haber hablado ni de visitas, ni de juego, ni de paseo, ni de galas, ni de saraos; no intentaba hacer el retrato de las mujeres del mundo que se usan en nuestro tiempo, sino dejarnos la imagen de una mujer cristiana. Y á vista de este retrato, ¿habrá ya quien diga que la santidad es una fruta extranjera y peregrina; que la virtud sólo habita entre breñas, entre peñascos, en lugares escarpados y en cumbres tan elevadas que trastornan la cabeza? Es cierto que el tumulto del mundo no la acomoda; que lo que la lleva el gusto y la inclinacion es el retiro y la modestia; y que toda su seria ocupacion son las obligaciones de su estado. ¿Pero estos son estorbos ni dificultades insuperables? ¿y el disgusto con que miran á la virtud las gentes del mundo no es buena prueba de un visible desconcierto de entendimiento y de co-

razon, consecuencia funesta, pero necesaria del notorio desorden en las costumbres del siglo?

El Evangelio es del cap. 45 de S. Mateo, y el mismo que el dia VIII, pág. 175.

MEDITACION.

De la devocion á santa Ana.

PUNTO PRIMERO. — Considera que la devocion á los santos se funda en el amor que Dios los tiene, y en el que ellos tienen á Dios; en la dicha que gozan de ser agradables á Dios y amigos suyos; de poseerle sin temor de perderle ni de caer jamás en su desgracia; en la honra que tienen de estar continuamente cerca de Dios, y en el valimiento que logran con él; y en fin, en la caridad con que nós miran desde aquella feliz estancia de la gloria. Todos los santos merecen nuestra veneracion, nuestro profundo respeto, nuestro amor y nuestra confianza. Pero entre todos los santos despues de la Reina de todos ellos, ¿quién merecerá mas que Sta. Ana nuestra veneracion y nuestros cultos? Fué abuela de Jesucristo segun la carne, madre de la santísima Virgen; ¡pues qué trono tan elevado ocupará en la Jerusalem celestial! ¡qué clase tan distinguida en aquella augusta corte! ¡cuanto será su valimiento con su nieto el Salvador del mundo, con el Dios de todo consuelo y Padre de misericordia! Si se hubieran hallado diez solos hombres justos en las cinco ciudades mas abominables de la tierra, en atencion á ellos se hubiera aplacado la cólera de Dios. ¡Cuántas veces perdonó á un pueblo ingrato, impío y duro á ruegos de su siervo Moisés! ¡cuántas se movió á compasion el mismo Dios! por esplicarme de esta manera; ¡cuántas dejó de castigar á principes y vasallos irreligiosos en consideracion de David! ¿pues quién ha de imaginar que un Dios de infinita bondad deje de hacer el mayor aprecio de la abuela de su querido Hijo, y madre de una Hija tan privilegiada y tan querida? En cierto modo se puede decir que la sangre de santa Ana corrió por las venas de Jesucristo; por tanto parece que esta gran Santa tiene particular derecho á sus méritos, á sus favores y á sus gracias; baste que se intese por alguno para que sea dichosa su suerte. ¿Negará Cristo cosa alguna á su Madre? ¿y la Madre de Dios podrá negarla á la suya? De alguna manera se pudiera decir que su valimiento con Dios todo lo puede; y que su poder es sin limites. ¿Qué confianza mejor funda-

da que la que estriba en el valimiento de la que fué madre de la Madre de Dios? ¿pues qué devocion mas justa? Dichosos aquellos que se la profesan particular á la mayor Santa que parece hay en el cielo despues de María, y que llenos de confianza en su poderosa proteccion, la honran constantemente toda la vida.

PUNTO SEGUNDO. — Considera que para profesar una singular y tierna devocion á Sta. Ana, es tambien motivo muy poderoso su vida interior y escondida, una vida comun, que puede alentar á los mas cobardes para que seriamente se esfuercen á ser santos; los corazones pusilánimes y las almas tímidas como que no se atreven á tener la mayor confianza en aquellos santos cuya vida fué llena de hechos asombrosos, y cuya santidad se hizo principalmente recomendable por continuos prodigios de penitencia. Espanta á estas almas la memoria sola de las admirables austeridades de sus patronos; temen que si invocan á estos modelos de penitencia, les den en rostro con su tibieza y cobardía, y este temor por lo menos disminuye en ellos la confianza. ¿Pero quién no podrá imitar la vida interior, escondida y comun de nuestra gran Santa? ¿á quién podrá parecer muy elevado un modelo de perfeccion, que solo la pone delante las obligaciones mas comunes de su estado? ¿quién podrá imaginar que es muy dificultoso vivir retirado, y callar? Ninguno hay que no pueda imitar la vida interior de Sta. Ana, su silencio, su dulzura, su humildad; ninguno que no tenga espíritu y ánimo para vivir contento en el humilde estado en que nació, para pasar la vida en recogimiento y oracion. Esta facilidad de imitar la vida de Sta. Ana inspira no sé qué confianza en su proteccion, y hasta los mas tímidos se alientan á recurrir á ella en sus necesidades y trabajos. Por lo demás tampoco se puede dudar de su singular caridad para con los pecadores; como tiene tan estrecho parentesco con el Salvador, participa mas de sus máximas y de sus inclinaciones; animada del mismo espíritu, no puede menos de compadecerse tiernamente del deplorable estado en que se hallan. ¿Y la faltará el zelo de su conversion? ¿y dejará de emplear su valimiento con Jesucristo por aquellos que la invocan? Por eso se ha notado que la devocion á Sta. Ana ha crecido al paso que se han aumentado las necesidades de la Iglesia, y que nunca se ha profesado mas devocion a esta poderosa protectora, que despues que la herejía ha hecho tanto estrago en la viña del Señor.

Mi Dios, que teneis tan en el corazon la gloria de esta gran

Santa, y que tanto deseais que se estienda su culto cada dia; haced que profesándola de hoy mas una tierna devocion, tenga parte en su proteccion poderosa y en los favores que dispensais con abundancia á todos los que la honran.

JACULATORIAS. — Despues de tu Hija eres bendita del Altísimo sobre todas las mujeres de la tierra. (*Judith 13.*)

Gloriosa Sta. Ana, aquí teneis á uno de vuestros hijos, miradme como á tal. (*Joann. 19.*)

PROPOSITOS.

1 Estamos inconsolables si por inadvertencia no aprovechamos los oficios, ó malogramos los medios que se nos vinieron á las manos para hacer fortuna; mas fácilmente nos consolamos cuando por falta de medios perdimos un negocio de consecuencia. Mira si tienes algo que reprenderte en este punto, sobre todo en el negocio de tu salvación y acerca de esta devocion. Tenemos gran necesidad de protectores con Dios, y no se puede dudar que Sta. Ana es una protectora muy poderosa. ¿Qué devocion has profesado hasta ahora á esta gran Santa? ¡Ah, que quizá la has mirado hasta aquí con tanta indiferencia y con tanto olvido, que acaso por esto no te has librado de muchos trabajos! Remedia desde luego una negligencia tan perniciosa; pon desde hoy mismo tu persona y tu familia debajo de su poderosa proteccion, pidiéndola perdon de tu negligencia. Todas las cristianas familias debieran estar como dedicadas á Sta. Ana; y así, escógela por tu protectora desde este mismo punto. Nada se pide á Dios con la debida disposicion, que no se consiga á ruego suyo. ¿Qué podrá negar Jesucristo á la intercesion de Sta. Ana? ¿ni cómo puede menos de interesarse eficazmente la santísima Virgen en todo lo que pide su querida madre?

2 Comienza desde hoy á hacer oracion todos los dias en alguna iglesia ó delante de algun altar dedicado á Sta. Ana. Despues de ponerte á ti y á tu familia debajo de su proteccion, comulga en reverencia de la Santa, y renueva esta especie de dedicacion. Ten su imagen en tu oratorio ó en tu cuarto; rézala cada dia la oracion que usa la Iglesia en honra suya, y celebra el dia de su fiesta todos los años con nuevo fervor y devocion. En este dia nunca dejes de confesar y comulgar, para que la sean mas gratas tus oraciones. Es piadosa devocion ayunar el dia antes de su fiesta, y no es menos provechosa la de vestir cada año alguna pobre doncella, ó hacer alguna limosna en honor suyo.